

campos abiertos

El blog de Fernando Manero



30 de octubre de 2009

Todo vale para preservar el patrimonio y las identidades culturales



Iglesia Parroquial de Santo Tomás en Orgaz (Toledo), inaugurada en 1763 y obra de Alberto Churriguera

Por motivos profesionales he visitado la región de **Castilla-La Mancha** durante unos días y, como es lógico, no he querido perder la oportunidad de descubrir lugares y paisajes que hasta ahora desconocía y que merecen ser incorporados al ámbito de la curiosidad. Una

curiosidad que conviene mantener siempre viva para darnos cuenta de que, más allá de nuestros horizontes habituales, **existe un mundo inmenso, repleto de detalles y experiencias que nos permiten, al tiempo que relativizar lo nuestro, valorar lo que tienen los demás, que acabamos también asumiendo como propio**, pues nada más necio que la exclusión de los valores ajenos.

Siguiendo una ruta improvisada, el viajero se topa de pronto con la villa de **Orgaz**, de la que no hablaré salvo para decir que sinceramente me impresionó, por su riqueza arquitectónica y la calidad de su centro histórico. Además, ¿quién no evoca de inmediato el famosísimo y sobrecogedor cuadro de El Greco con la escena que inmortaliza el entierro del conde que lleva el nombre del lugar?. **Son tierras de** la Mancha, de Castilla La Nueva, tierras de encuentro y confrontación en la Edad Media, espacios de recompensa y dádivas generosas para quienes ayudaron a los monarcas cristianos en su empeño por desalojar a los árabes que tanta impronta dejaron en los escenarios que drenan el Tajo y el Guadiana. Bastará, en fin, recurrir a las numerosas descripciones que sobre esta población se vierten en las guías de todos los formatos para percatarse del interés que les debiera suscitar si se adentran en la llanura toledana antes de acceder a los Montes que, desde el **espectacular mirador de Los Yébenes**, nos abren camino a espacios que identificamos ya con las características propias del sur peninsular. Suelos cubiertos por dilatadas plantaciones de olivo, que nos anticipan los paisajes que tanto cautivan a nuestro admirado Cornelius.



Cartel anunciador en un pequeño comercio del centro de Orgaz de la obra con la que se trata de apoyar la recuperación de los hornos de cal

Pero de lo que nunca tratan las guías es de los pequeños mensajes que uno descubre mientras callejea sin encontrarse con más compañía que la luz del Sol y el paso cansino de los paisanos sigilosos. Y porque nadie habla de estas pequeñas cosas, lo haré yo, pues creo que vale la pena difundirlos. Es la primera vez que me he encontrado con el nombre de **Jesús Gómez Fernández-Cabrera**, a quien no conozco, aunque las averiguaciones efectuadas a través de la red le identifican como un cualificado documentalista. En esta ocasión me detengo en su persona por la generosidad que ha puesto en hacer uso de su trabajo de erudición sobre la villa de Orgaz, recogido en un libro que quizá él habrá costeadado, para con el producto de la venta, apoyar la recuperación de las “**caleras**”, que al parecer, y aunque se trata de una labor históricamente muy profusa en el espacio, dieron personalidad, trabajo y peculio al pueblo en el pasado; tanto que el municipio ha erigido una estatua al profesional del oficio.



Monumento a "el calero"

Hoy esos hornos abandonados se muestran como el testimonio de un pasado que ha dejado su huella en manifestaciones dispersas de un valioso **patrimonio fabril** que se trata de recuperar para que no se pierda la memoria de aquello que en otro tiempo tuvo su razón de ser y que hoy trasciende al recuerdo nostálgico para convertirse en un elemento cultural vivo a la vez que señuelo turístico. Algo comprensible en estos tiempos de sensibilidades potenciales en los que el turismo es el espejo en el que se miran los territorios para rentabilizar lo que tienen y, en muchos casos, para sobrevivir.